

## *La situación política actual*

L. Fersen  
septiembre de 1934

(Tomado de AAVV, *Revista Comunismo (1930-1934). La herencia teórica del marxismo español*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1978, páginas 248-252, que reproduce el artículo publicado en *Comunismo*, número 38, septiembre de 1934.)

Empieza el otoño y se agrava también la lucha, que siempre decae un poco durante el verano. El balance de la jornada de verano no es tan favorable para la reacción como ésta esperaba. Se cerró de cualquier manera el parlamento, a fin de que el gobierno de Samper, el famoso *cadáver insepulto*, pudiera liquidar el asunto de Cataluña libre de las trabas que supone el bullicio parlamentario. Pero, ya con las manos libres, el gobierno no entró por el camino de la violencia, sino que, consciente de su debilidad, ha preferido evadirse por la escotilla de la *fórmula jurídica* de la capitulación. Los caudillos de la derecha, unos lo están y otros se fingen defraudados para reconciliarse con su público, en vista de la política seguida en Cataluña por el Gobierno Samper. Estaba claro, sin embargo, que cuando el gobierno recabó libertad de movimientos no era precisamente para ir a la guerra civil. Al conflicto catalán se vino a añadir el de los municipios vascos, que adquirió casi de repente proporciones insospechadas. Con esa puerilidad propia de quienes carecen de criterios objetivos sobre las cosas, el gobierno se armó de una disparatada intransigencia, que se tradujo en aterradores preparativos policíacos y bélicos. Con esto pretendía reivindicarse ante la reacción centralista y, en última instancia, monárquica, desmintiendo debilidad que le habían atribuido con motivo del conflicto catalán. A pesar todo, de los regimientos dispuestos, de los aviones, el conflicto de los municipios vascos sigue su curso natural: de agravación diaria. Al fin de las vacaciones parlamentarias la reacción se encuentra en lucha abierta con el gobierno pequeñoburgués de Cataluña, en lucha abierta con la ultramontana reacción vasca y con la totalidad del proletariado del país. La situación no es fácil ni cómoda.

Las derechas han llegado al convencimiento de que en estas semanas se ventila su porvenir. Tienen seguramente de su propia debilidad una idea más clara de la que tenemos sus enemigos. El triste espectáculo de las concentraciones *juveniles* de Gil Robles jamás lo olvidará la historia. Después de que el proletariado dio fe de vida desbaratando la sucia comedia del 22 de abril<sup>1</sup>, creíamos que el señor Gil Robles había renunciado definitivamente a las concentraciones, para consagrar su actividad política a la intriga y el visiteo. Las dos últimas concentraciones, la de los catalanes y la de Covadonga<sup>2</sup>, iniciadas ya con visibles muestras de desmoralización, no podemos por menos de considerarlas como resoluciones desesperadas de la burguesía, heroicamente dispuesta a

---

<sup>1</sup> El 22 de abril de 1934, por iniciativa de la Juventudes de Acción Popular, tuvo lugar en El Escorial una manifestación de casi 25.000 personas, provenientes en su mayoría de zonas rurales. Las organizaciones obreras de Madrid respondieron con la huelga general. Nota de Fontamara.

<sup>2</sup> El 8 de septiembre, convocados por el Instituto Agrícola Catalán de San Isidro (organismo de la burguesía agraria catalana), se concentraron en Madrid los propietarios agrarios de Cataluña exigiendo la derogación de la ley de Contratos de Cultivo y su Reglamento. En Madrid se desencadenó una huelga de 24 horas que paralizó la capital. El 21 de septiembre, el Parlamento de Cataluña aprobaba el texto refundido de la ley y el reglamento. El día 9 de septiembre, Acción Popular convocó una concentración en Covadonga. En su discurso, Gil Robles acusó de traidores a los socialistas, advirtió que jamás aceptaría la desmembración del territorio nacional y afirmó que ellos irían tomando una a una todas trincheras hasta alcanzar el poder. El proletariado de Gijón y Oviedo respondió con una huelga de 24 horas y sembró de tachuelas la carretera hacia Covadonga. Los mineros asturianos se manifestaban, al mismo tiempo, cantando la *Internacional*. Nota de Fontamara. [[La Internacional](#), original francés y versión al castellano y al catalán].

sacar fuerzas de su propia flaqueza. Es, en efecto, desesperada la resolución de los terratenientes catalanes, arrollados por el sentimiento popular, al venirse a Madrid para pedir la derogación de la ley de Cultivos y la derogación del estatuto, pues a eso equivaldría la recuperación por el poder central de los servicios de orden público. Por otra parte, Gil Robles no se hacía de esta vez las ilusiones que se había hecho el 22 de abril, cuando la vida le era fácil. Y bien se ha visto que, en lugar del papel de don Pelayo, por poco le toca representar el papel del moro; trabajo le costó llegar a las montañas de Covadonga.

El momento es crítico para todos: para la reacción y para el proletariado. Las derechas saben muy bien que no pueden seguir jugando al equívoco. Pero tampoco se sienten con fuerzas para asumir de frente el mando. De todos modos, se les plantea en forma apremiante el dar un nuevo avance para contener la disgregación de su propio campo, que reclama una política *enérgica* hacia el proletariado, los catalanes y los vascos. Tal política no es posible más que actuando sobre la desorientación del enemigo, sirviéndose de Lerroux, por ejemplo, cuya reaparición al frente del gobierno no provoca, desde luego, la misma reacción que si se formase un gobierno mayoritario. Nada tendría de extraño que para mantener la desorientación en las masas convinieran estas camarillas en que la CEDA no tuviera representación en el gobierno. Pero eso poco importa, porque la CEDA, en este momento, se llama Lerroux o Salazar Alonso.

Las fisuras entre lo que queda de partido radical y de CEDA han desaparecido enteramente. La ilusión del partido radical fue convertirse en la expresión de la república burguesa consolidada. Pero hoy se ha resignado con ser el eslabón de una cadena que conduce no sabe adónde. Ni le importa saberlo. Los choques entre las fronteras políticas del partido radical (muy elásticos siempre) y la CEDA han provocado la escisión con Martínez Barrio, y ahora han quedado reducidas a pequeñas resistencias personales, más intrascendentes cada vez. La sumisión total a la CEDA está representada especialmente por Salazar Alonso y por Lerroux. Esta sumisión no responde a un criterio político, sino a la total ausencia de criterio que distingue al caudillo radical y a sus émulos más fieles. Ellos sólo saben que están metidos en una gran pelea y no quieren cejar hasta vencer.

El signo de los gobiernos lerrouxistas ha sido una sumisión cada vez mayor a las directivas de la CEDA. Si Gil Robles se decide por un nuevo lerrouxista, será para proseguir más intensamente una política que no se atreve a acometer de cara.

El movimiento obrero, afortunadamente, tiene una seguridad creciente en su propia fuerza. El desconcierto y la depresión que dominaba al proletariado de otros países en momentos semejantes y recientes casi ha desaparecido entre nosotros. Con la agravación de la situación (no hay que olvidar que estamos en momentos decisivos para todos), las distancias se borran y, lo que es más importante, en sentido favorable para el proletariado. Creemos decir que la unidad, por sí sola, no basta, y puede ser incluso tan funesta como la división. Es un tópico decir, pongamos por caso, que el fascismo ha penetrado en Alemania por la brecha abierta entre el comunismo y la socialdemocracia. Supongamos que el proletariado estuviera unificado, como casi lo está hoy en España en las filas socialistas, y la muerte hubiera sido idéntica. Cuando nosotros reivindicábamos el frente único para Alemania, no era sólo para presentar un frente compacto en las luchas parciales, sino para que el ala revolucionaria pudiera actuar sobre la totalidad de la clase obrera.

Si entre nosotros tiene un sentido progresivo la unificación que se está haciendo en torno, predominantemente, al socialismo, es a causa de la actitud del partido ante la situación, que inspira cada vez más confianza. No se entiende confianza ciega, porque ésta no la inspira nadie, y mucho menos un partido de composición tan compleja como el socialista. Pero lo más que cabe esperar de la socialdemocracia, una *enérgica* actitud

defensiva, una decisión inquebrantable de no dejarse hundir, esa, desde luego, la tiene el partido socialista.

Mucho podrían aprender en estos casos los sectarios y los doctrinarios partiendo de una “teoría general” (¡vaya usted a saber lo que es eso!) sobre la socialdemocracia, le niegan toda capacidad defensiva; incluso se ha llegado a negar la oposición entre el socialismo y el fascismo, inventando el nombre de socialfascismo, que tanto se ha gastado en ciertos instantes. La insurrección austriaca ya le ha dado el primer mentís a tanta mentecatez seudorrevolucionaria.

En el seno del socialismo existen corrientes revolucionarias más o menos confusas. Precisamente por eso no se puede considerar el partido socialista como la expresión definitiva de un partido revolucionario, pues esto reclama cierta unidad en el pensamiento y homogeneidad en los cuadros. No cabe duda que si la situación se desplazase hacia la izquierda, hacia un gobierno azañista o hacia un gobierno de izquierda pasado por agua, es decir, de coalición republicana, el revolucionarismo de los socialistas se debilitaría, creándose con ello más o menos revuelo entre las distintas tendencias que existen en el interior del partido. Todos los respiraderos que se abran por la vía democrática debilitan el radicalismo socialista, quien, por otra parte, no sabe bien lo que quiere ni lo que haría en caso de encontrarse con el poder. La diferencia es esencial con un partido revolucionario para quien es siempre deseable un período democrático en cuanto abre mayores posibilidades de actuación hacia los objetivos finales.

Pero, sin hacerse ilusiones sobre lo que pueda hacer un partido, dada su composición y sus ideales, no cabe tampoco caer en el negativismo obtuso en que estaban sumergidos los adversarios de la socialdemocracia. La cuestión está en saber si estará dispuesto a defender su existencia, a no transigir con el fascismo, llegado el caso. Los socialistas austríacos nos han demostrado esta decisión, y el socialismo español lo está demostrando en forma mucho mejor, hasta el punto de ser en las circunstancias actuales el único partido que ofrece algunas garantías. La decisión no basta si no va acompañada de la seriedad. Los anarquistas son revolucionarios tenaces, pero son unos insensatos peligrosos. Los estalinianos, ni eso, porque es un partido que no piensa directamente en la política, sino únicamente en los trucos de organización a organización: si le manda que se oponga en todo a un partido determinado, se opone hasta en las cosas más nimias, y si la consigna es de capitulación ante el mismo partido, no hay galgo que lo alcance por esa vía. En los momentos presentes, momentos, que pueden ser decisivos, es el partido socialista el único que ofrece garantías, no sólo de decisión, sino de seriedad.

La misma experiencia lo ha ido apeando del error en que estaba metido respecto a las luchas parciales. Hoy la discusión sobre este punto, tan debatido hace unos días, resulta casi ociosa. Lo poco que se ha conseguido sobre la reacción se debe a las luchas parciales. El 22 de abril, el 8 de diciembre, han sido jornadas obligatorias para el proletariado, y golpes durísimos que se han asestado a la reacción. Sólo los analfabetos de los liberales pueden negar la necesidad de estas jornadas. Una sola de esas concentraciones que les hubiese salido bien se traduciría, de seguro, en un avance considerable de la reacción, y, lo que es más grave, en una depresión profunda del proletariado. ¿Qué hacen las organizaciones?, se preguntaría el obrero si viera transcurrir impunemente lo de El Escorial o lo de Covadonga. Los efectos de la huelga del 8 de septiembre en Madrid han sido fulminantes. La concentración de los catalanes quedó reducida a un acto triste e insignificante ante la inmensidad de la respuesta proletaria. Animados por la huelga de Madrid, los obreros asturianos se sintieron un eslabón entusiasta de la misma cadena, redoblándose los bríos de su movimiento. Todas las fuerzas catalanas encontradas con la reacción vibraron ante la jornada de Madrid. Las

consecuencias que, por otra parte, ha pretendido sacar la burguesía sobre los medios de que dispone el gobierno para desbaratar las huelgas son ciertamente peregrinas.

Las organizaciones obreras se limitaron a dar una orden de paro, sin pretender ninguna violencia, pues sabían que el paro en sí bastaba para el objetivo. La clase trabajadora respondió con absoluta unanimidad, dando un ejemplo admirable de voluntad y de disciplina. ¿Se hubieran encendido los faroles que se han encendido, hubieran circulado los automóviles de la burguesía que han circulado, y se hubieran sentado en ciertas terrazas ciertos camaleones, si la clase obrera se obstina en impedirlo? Es claro que no. El movimiento era voluntariamente pacífico, y, siendo así, no supone riesgo ninguno el circular. En cuanto la calle presente mal cariz, la burguesía en general no sale de paseo. Los resortes oficiales puestos en movimiento para contrarrestar la huelga sólo lograron producir un simulacro de circulación, que distaba bastante, incluso en las apariencias, del tráfico normal. La burguesía no cree lo que dice cuando habla de que se ha embotado el arma de las huelgas. La huelga sigue siendo el arma más poderosa de que dispone el proletariado para hacer conocer su voluntad y su fuerza.

Claro está que las luchas parciales no suponen que el proletariado haya de sumergirse en un juego de huelgas. El abuso de las huelgas conduciría a la destrucción del movimiento obrero u obligaría a mucho más. Pero las situaciones hay que arrastrarlas cuando las circunstancias las imponen. Por lo demás, excusado decir que no todas las luchas parciales son huelgas. El problema está en movilizarse, en dar razón de existencia, en no dejar que el enemigo se mueva impunemente.

La clase obrera debe tener en cuenta la superioridad de su fuerza sobre la reacción. Pero no para dormirse en los laureles, sino para no dar ni un paso más atrás, mostrándose dispuesta a asestar un golpe de muerte a la reacción si con procedimientos arteros, manejando marionetas, o por agresión directa, pretende anular sus derechos y sus organizaciones. No hay que desconocer nunca el peligro que supone un enemigo que se bate a la desesperada; es el caso de las derechas. No hay que suponer que se vayan a dejar vencer sin lucha. Lo que es evidente es que han entrado en un momento de visible desasosiego. Por de pronto, ven que su poder se resquebraja ante el ahondamiento de la revolución. Esto les lleva a pedir medidas draconianas. Por otra parte, los más metidos en la situación respiran pánico; pánico es lo que delataba el discurso de Gil Robles en Covadonga. El movimiento obrero sí que no tiene por qué perder la cabeza.

Las corrientes hacia la unidad de acción se van abriendo paso. Las Alianzas Obreras, que están todavía en estado cartilaginoso, ganan en dureza día por día. Los intentos (no pocos) de destruirlas están condenados al fracaso. Las alianzas se van imponiendo a las divergencias mutuas, a las rivalidades de los partidos. Si se les da un nuevo impulso, coordinando su acción nacional, no será posible prescindir de ellas; hasta los mayores rivales tendrán que girar en su órbita. El tener a todas las organizaciones ligadas o influidas por una disciplina común es un factor esencialísimo de la victoria.

L. FERSEN

[Edicions Internacionals Sedov](#)

[Serie: Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España](#)



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)